

ITINERARIO CULTURAL (3 DÍAS)

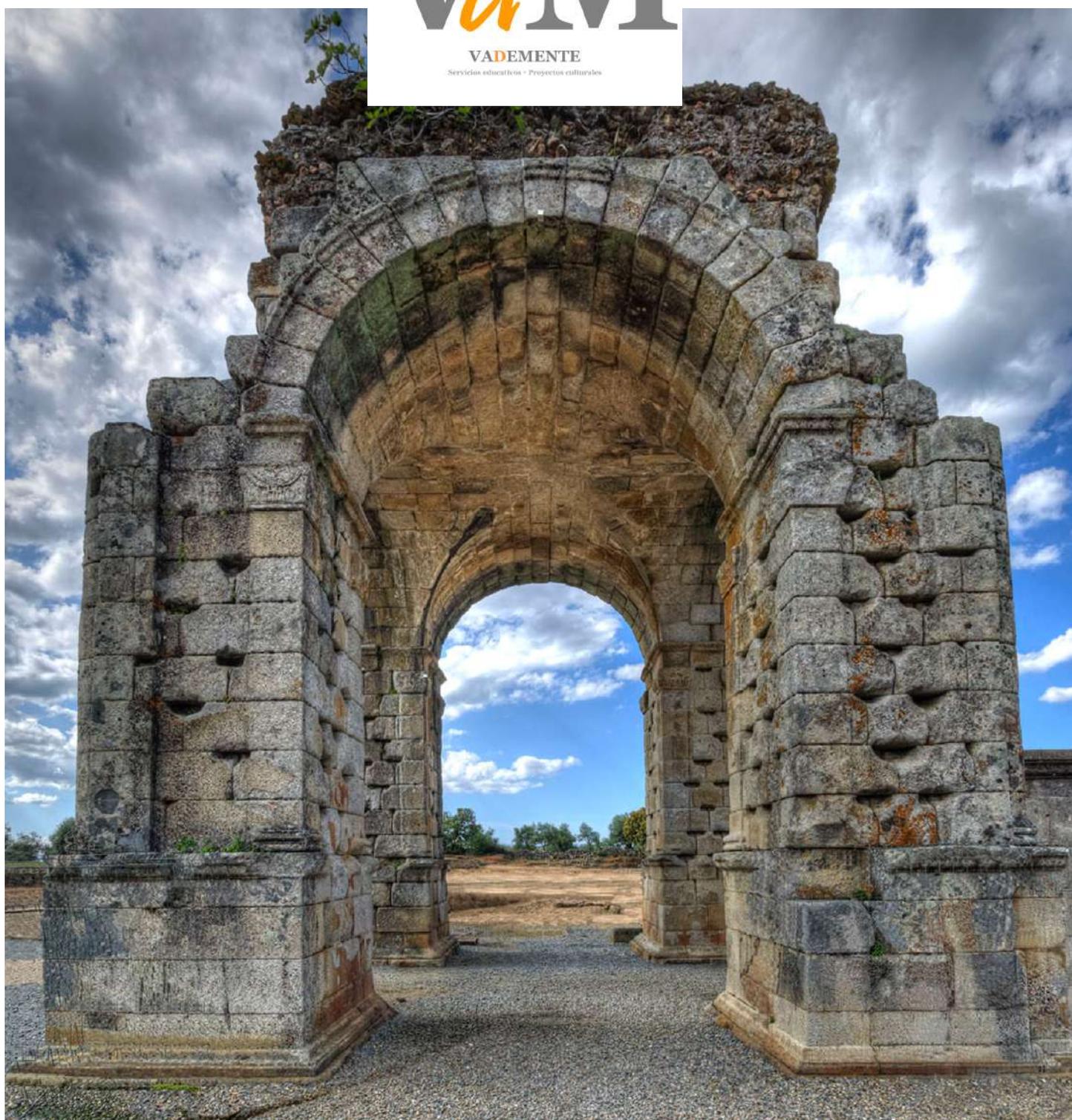
HISTORIA ENTRE DOS CIUDADES

PLASENCIA Y CORIA

VdM

VADEMENTE

Servicios educativos · Proyectos culturales



HISTORIA ENTRE DOS CIUDADES

PLASENCIA Y CORIA

INTRODUCCIÓN

Plasencia y Coria son las dos ciudades históricas más septentrionales de Extremadura. Desde ellas se organizó la reconquista de todo el territorio al sur de la Transierra, las tierras meridionales de las sierras del Sistema Central, o de la Extremadura, el territorio más allá del Duero. Dos conceptos topográficos propios del carácter de frontera que estas unidades geográficas tuvieron entre los reinos cristianos y Al Ándalus durante siglos.

Aunque esa fue siempre la frontera por excelencia, entendiendo que la religión discernía de manera muy severa entre propios y extraños, hubo otras que también escribieron la historia de la actual Extremadura y, más concretamente, la de estas dos ciudades.

La España cristiana había evolucionado desde el nacimiento del Reino de Asturias a una fragmentación en distintas realidades políticas que habían borrado el legado unitario visigodo. A mediados del siglo XII, confluyeron en estas tierras los intereses de tres reinos: León, Castilla y Portugal. Durante un siglo se irán ajustando sus fronteras dando forma, en lo esencial, al resultado actual.

Hoy Plasencia y Coria son capitales de dos comarcas cacereñas, pero en aquellos tiempos inciertos, fueron dos ciudades de frontera. Coria fue la gran capital de la transierra leonesa, y Plasencia, fundada *ex novo*, lo fue de la castellana. Por medio quedó una frontera temporal entre 1157, cuando Alfonso VII separó los dos reinos, y 1230, cuando Fernando III los volvió a reunir.

La raya elegida fue la llamada **Vía de la Plata**, uno de los caminos históricos más importantes de España. Este camino aporta a nuestra propuesta otro ingrediente más allá del medieval: el patrimonio romano concentrado en sus márgenes, como la ciudad de **Cáparra**, las murallas de Coria, o los **puentes de Alcántara y Alconétar**.

Plasencia y **Coria** tendrán un prospero futuro como ciudades reales, nobiliarias, obispales y burguesas, por lo que acumularán un rico patrimonio histórico y artístico. En torno suyo, otros núcleos más discretos, también fruto de aquella condición de tierra fronteriza, desarrollarán conjuntos fortificados o monumentales de gran interés como **Galisteo** y **Garrovillas**.

Pero hemos mencionado otra frontera, a parte de la cristiana-musulmana y la castellanoleonese. Se trata de la que defendió el incipiente Reino de Portugal contra su vecino leonés. En realidad, habría que invertir los términos, pues le tocó a León defender lo que, por acuerdos, era suyo, ante la ambición de Alfonso I Enríquez, fundador del reino luso.

Para ello, y para combatir a los almohades, Fernando II organizó una orden militar netamente leonesa, la **Orden de Alcántara**, a la que concedió un compacto territorio justo en la frontera extremeña entre León y Portugal.

Las tierras alcantarinas serán también parte de nuestro itinerario, la capital de la orden, **Alcántara**, y la de su encomienda mayor, **Brozas**.

Nuestra propuesta es una **historia entre dos ciudades**, Plasencia y Coria, a la que concurre el pasado protohistórico, el romano, el visigodo, el andalusí, el medieval y el de los tiempos modernos.

Como puntos de referencia, dos de los conjuntos históricos y artísticos más interesantes y menos conocidos de Extremadura, como periferia, una serie de enclaves arqueológicos, militares y monumentales que, aún hoy, siguen siendo marginales, poco poblados y algo silentes a pesar de su rica herencia pasada.



UN CAMINO

Una de las sendas más antiguas de Europa, por la se movieron gentes, ganados, mercancías y cultura, es la denominada Vía de la Plata. Nombre tan sonoro como engañoso, pues enreda nuestra evocación del pasado con aquellos plutócratas monarcas tartésicos, como Argantonio, y con la mítica prolijidad en riquezas metalíferas de la antigua *Span*, Iberia o Hispania.

Significante y significado no coinciden en el actual nombre de este camino, pues " de la Plata" no alude en realidad a aquellas cacareadas riquezas, aunque ciertamente fueran muchas, que discurrían por él. La semilla de la confusión, sin pretenderlo, la plantaron los andalusíes cuando denominaron a esta vieja senda como *Al-balat* o *Al-balata*, que significa “empedrada”, algo tan inocuo como elocuente de su pasado romano.

En nuestro caso, la Via Albalata o Lata terminó por derivar, a partir del siglo XVI, en el sonoro nombre de Vía de la Plata, consumándose la reinterpretación del significado de su nombre tiñéndolo de matices argénteos. El humanismo hispano de aquel siglo comenzaba la exploración de nuestras antigüedades, y aquella denominación parecía contener la perfecta referencia a las riquezas peninsulares que anhelaron fenicios, griegos, cartagineses y romanos.

Es cierto que esta senda empezó a formarse cuando comenzaron a moverse metales y aparecieron las sociedades protohistóricas peninsulares. Pero no fue la plata, sino el estaño, componente necesario del bronce, el metal que más peso tuvo. Por ello, fue camino de conexión entre el megalitismo del sur y del norte, entre las culturas prerromanas mediterráneas y atlánticas, causa del asiento de algunas de nuestras ciudades más antiguas y, finalmente, vía de conquista para cartagineses y romanos.

Ni la desmembración de la uniformidad romana, ni el colapso del Reino de Toledo, lo borraron. En una península polarizada entre dos culturas antagónicas, la cristiana y la musulmana, el viejo camino empedrado siguió funcionando. Fue entonces la ruta por las que se movieron las aceifas a las que se sometían ambos bandos, el comercio, e incluso los peregrinos mozárabes que marchaban desde el sur a Santiago.

De su valor geoestratégico, da cuenta la pervivencia de dos de sus ramales más importantes: el *Iter ab Emerita Bracaram*, camino de Mérida a Braga, y la Vía Dalmacia, entre Alconétar y Miróbriga (Ciudad Rodrigo) pasando por Coria. Estas dos calzadas jugarán un importante rol militar y repoblador en los tiempos de nuestra historia.

Por la primera trasegaron Almanzor, cuando atacó Santiago, y Ordoño II, cuando atacó Mérida. Por la segunda se movieron los repobladores de Ciudad Rodrigo y Coria encargados de asegurar para León los pagos de la Sierra de Gata, Hurdes y Peña de Francia, pasando después a formar parte de la Caña Real de Gata.

En un relativo desierto poblacional, que se extendía desde las sierras al norte del Tajo hasta el Guadiana, este camino empedrado mantuvo en el mapa de los intereses de unos y otros estas tierras de la Extremadura norte.

Del legado antiguo que se generó en torno a la Vía de la Plata, parte se preservó y parte desapareció para siempre. Los viejos puentes de Alcántara y Alconétar, siguieron dando paso a tropas, gentes y mercancías. Jugaron un rol esencial como únicos medios para vadear por estas tierras el amplio Tajo, la gran frontera natural entre Al Ándalus y los reinos cristianos. Aún hoy, el mayor de ellos, el de Alcántara, sigue funcionando.

El camino romano generó otras infraestructuras, como las *mansio*, antecedente romano de las ventas de camino, los castros militares, y las ciudades ubicadas en sus márgenes.

La única ciudad romana que ha pervivido es Coria, apostada sobre la Via Dalmacia. Coría fue el gran baluarte de la vanguardia de cristianos y musulmanes. Ciudad de frontera durante siglos, que gracias a su potente recinto amurallado romano, que aún encinta el cerro sobre el río Alagón donde se asienta la ciudad, pervivió como gran plaza fuerte de las tierras entre el Tajo y las sierras del norte. Por ello es la protagonista más veterana de nuestra historia.

Cáparra, otra importante ciudad romana, no tuvo tanta fortuna. Sus potentes murallas, de tres metros de anchura, hoy sólo son cimientos. Ubicada en plena Vía de la Plata, que era su Decumano Máximo, prosperó mientras lo hizo el Imperio. Su excepcional arco tetrápilo da cuenta de su importancia. Pero cuando el camino del comercio se convirtió en camino de guerra, estar en medio dejó de ser una ventaja para ser un riesgo, y Cáparra desapareció con Roma.

Hacia el siglo XI aparece una nueva denominación para este camino: Calzada de Guinea o Quinea. Un topónimo aún por aclarar, y que también se aplicó a otros tramos de calzadas romanas de otros territorios.

Sea como fuere, Calzada de Guinea fue el término que empleó Alfonso VII en 1157, para referirse a este camino como frontera entre los reinos de León y de Castilla, heredados, respectivamente, por sus hijos Fernando II y Sancho III. El referente fue la misma partición que realizara su bisabuelo Fernando I, cuando entregó Castilla a Sancho II, por primera como reino, y León a Alfonso VI, claro que, entonces, el reino leonés era el más preeminente.

Aquella vieja senda, en la que se comenzó a pergeñar la historia de España, se convertía ahora en frontera entre dos de sus reinos más poderosos, que, una vez separados, no tardaron en entrar nuevamente en lid.

Es en este momento donde se comienza a escribir la historia que nos ocupa, la historia entre dos ciudades que se situaron una a cada lado de la frontera: Plasencia y Coria. Una de ellas vieja, tan vieja como el camino que las separaba: la leonesa Coria. La otra nueva, fundada para dar réplica a su vecina: la castellana Plasencia.

UNA FRONTERA

Desde luego que esta no fue la frontera más conflictiva entre los reinos de León y Castilla, mucho más complejo fue partir en dos los Campos Góticos por tierras palentinas. Pero la raya extremeña tuvo una naturaleza peculiar que la hizo especialmente valiosa, sobretodo para León.

Cuando falleció Alfonso VII (1157) y decidió dividir los reinos de León y Castilla, se generó un desequilibrio entre hecho y derecho muy importante. El título real leonés era, por derecho, el legítimo heredero de la vieja monarquía asturiana y por tanto de la visigoda, lo que le otorgaba la primacía sobre el resto de las coronas hispanas. El título real castellano no otorgaba tal privilegio, pero era, de hecho, muy superior por su potencial territorial, económico y poblacional.

Cuando los hermanos, Fernando II de León y Sancho III de Castilla, se reunieron en Sahagún (1158) para pactar un acuerdo de mutuo respeto, no estaban en una situación de paridad, el más prominente por derecho era el más débil de hecho.

La razón estaba en el reinado de su abuelo Alfonso VI. Las espectaculares conquistas de "el Bravo", hasta más allá de la Marca Media, habían engrosado fundamentalmente el patrimonio de la corona castellana. La herencia de Fernando II eran, fundamentalmente, las viejas heredades de Asturias, Galicia y León, a las que se habían sumando las tierras zamoranas y salmantinas, al sur del Duero y del Tormes hasta Coria, única plaza cristiana de la Transierra, cuya posesión estaba tan poco asegurada como prácticamente aislada del resto del reino.

La herencia leonesa se habían visto además mermada tras la secesión de condado Portucalense. Reconocido como reino, aunque en condición de vasallaje, por Alfonso VII en el Tratado de Zamora de 1143, alcanzará la plena independencia en 1179.

A mediados del siglo XII el mapa de la Reconquista presentaba una curiosa anomalía, había avanzado en dos de sus frentes, pero permanecía inmóvil en un tercero. La frontera sur de Castilla estaba en tierras de Calatrava, y el Guadiana se había convertido en la nueva zona de conflicto con los recién llegados almohades. Los portugueses también habían rebasado la línea del Tajo, tras las conquistas de Santarém y Lisboa (1147), y presionaban en su expansión hacia el Algarve por el sur, y por tierras de Évora al este.

La frontera sur de León, la tercera en discordia, se había quedado estancada en el Tajo extremeño. La conquista de Coria en 1142 por Alfonso VII, fue el último avance meridional de este frente, frenado por la entrada almohade en 1146. Ante la expansión de sus vecinos, el Reino de Fernando II corría el grave riesgo de quedar encapsulado en el norte, sin posibilidades de expansión hacia el sur, ajeno a la Reconquista. El rey leonés tenía que defender su legitimidad como propietario de aquel territorio aún por conquistar, especialmente apetecible para los portugueses.

Coria era su única plaza adelantada de la Transierra, topónimo alusivo a las tierras al sur de la Sierra de Gata y Peña de Francia. Una plaza aislada, cuya precariedad era evidente al no tener asegurada su retaguardia. La línea del Tajo, al sur, era una frontera más tácita que real, por lo que lo "ganado", podía perderse en cualquier momento.

Desde 1157, momento en que se produce la división, hasta 1229 y 1230, cuando cayeron progresivamente las plazas musulmanas de Cáceres, Mérida y Badajoz, Fernando II y Alfonso IX, su hijo, lograron defender, repoblar y reorganizar el territorio que León reclamaba como propio, llevando la frontera leonesa hasta las sierras onubenses.

No fue un proceso fácil ni continuado. Los ataques almohades de 1174, 1191 y 1196, pusieron en solfa todo lo logrado en años anteriores, la inestabilidad se impuso y la pérdida y reconquista de ciudades fue una constante. Finalmente, tras el triunfo de Las Navas de Tolosa (1212) y el colapso del poder almohade, la situación se volvió estable.

La Calzada de Guinea será frontera efectiva entre León y Castilla hasta la reunificación definitiva de los dos reinos por Fernando III. Coria a un lado y Plasencia, fundada por Alfonso VIII en 1186, al otro serán las dos ciudades entre las que discurrirá la historia de estas tierras. Un territorio que se articulará con nuevas comunidades de Tierra y Villa, como Galisteo o Garrovillas, y en el que los viejos caminos y puentes romanos, como el del Alcántara y Alconétar, seguirán moviendo historia, arte y cultura.

Alcántara tendrá el honor de dar nombre a una de las órdenes militares que, junto a santiaguistas y calatravos, participarán en las idas y venidas de la reconquista extremeña. La Hermandad de San Julián del Pereiro, devendrá en orden militar cuando a Fernando II le sea necesario. De él recibirá la villa del puente y un vasto territorio que mantendrá a raya la otra raya, la frontera del oeste, frente a los siempre oportunistas monarcas portugueses.

HISTORIA ENTRE DOS CIUDADES

Coria y Plasencia conforman dos de los conjuntos históricos más interesantes de toda Extremadura. Dos enclaves tan sorprendentes como poco conocidos, especialmente la que fuera villa principal del lado leonés: Coria.

Apostadas cada una a un lado de la Vía de la Plata, fueron durante largo tiempo cabezas del territorio castellano y leonés. Sus historias se encontrarán con el tiempo, Plasencia es una ciudad nueva, y Coria, es tan vieja como el propio camino romano que las separaba.

Fue fundada por Roma sobre un viejo castro de los vetones. De aquellos tiempos aún conserva su potente recinto amurallado, el mismo que durante los siglos medievales la hizo plaza fuerte para musulmanes o cristianos.

Ubicada sobre la Vía Dalmacia, que desde Alconétar iba a Miróbriga (Ciudad Rodrigo), estuvo al frente del área agrícola del valle del Alagón y fue mercado y fortaleza principal de la vertiente meridional de la Sierra de Gata.

Para musulmanes y cristianos representó, durante largo tiempo, el puesto de vanguardia más al norte o más al sur, dependiendo del punto de vista del dominador de cada momento.

Reconquistada en 1079 por Alfonso VI y perdida en 1110 tras el avance almorávide, volvió a ser recuperada por Alfonso VII en 1142. Fue entonces cuando se restauró su antigua diócesis y su mezquita mayor fue transformada en catedral.

La importancia del obispado cauriense, como elemento administrativo y dinamizador, no implicó su transformación en señorío eclesiástico. Coria era demasiado valiosa para el rey, y permaneció como lugar de realengo. Favorecida por fueros, mercados y privilegios, hasta 1186 brillará en solitario como única ciudad del norte de la Transierra extremeña.

Ese año, Alfonso VII convencía al concejo abulense para fundar una ciudad en el punto donde confluyen el Valle del Jerte y el del Ambroz. Un lugar tan plácido que recibió el nombre de Plasencia, pues, como reza el emblema de la ciudad, fue fundada para "placer de Dios y de los hombres"

Ávila invirtió con gentes y dineros para fundarla, pero llegado el momento de sacar beneficios, el rey decidió emancipar a la nueva ciudad de la Tierra de Ávila. La elevó a obispado y le dio alfoz propio, de nada sirvieron los pleitos, ni civiles ni eclesiásticos, la ciudad nacía *ex novo* por voluntad del rey para ocupar un puesto de relevancia en la geografía extremeña.

Sus obispos y milicias no dudarán en competir y combatir con los de Ávila, Talavera o Toledo, por aumentar su área de influencia. Todo ello, sumado a su perfecta situación al pie de los puertos serranos de Béjar y Tornavacas, garantizaron su pronta transformación en un centro comercial de primer orden. Frente a Coria, más eclesiástica e hidalga, aunque Plasencia no lo fue menos, sumó un fuerte carácter burgués que su hermana mayor no tuvo.

Todo ello conllevó, en ambas ciudades, a la construcción de catedrales, palacios, murallas, castillos, plazas, todo lo que caracteriza a una ciudad histórica de relevancia.

Entre los siglos XIII y XV ambas crecieron y se monumentalizaron. Su condición de ciudades fronterizas entre León y Castilla se desdibujó tras la política unificadora de Fernando III, pero se mantuvo respecto a Portugal. Ambas ciudades mantuvieron su valor estratégico frente al reino vecino, ya fuera en los tiempos en los que Juan I de Castilla pretendió ocupar el trono portugués, o cuando Alfonso V de Portugal intentó ocupar el castellano.

Durante el movimiento de señorialización que se extendió por todo el país, ambas ciudades fueron entregadas en señorío a finales del siglo XV. Coria fue dada por Enrique IV a los Solís en condición de condado, y de ellos pasó a los Álvarez de Toledo en condición de marquesado, título que aún ostenta el actual duque de Alba.

Plasencia sería enajenada por Juan II en favor de los Zúñiga de Béjar, con condición de condado. Las malas apuestas políticas de esta familia, primero participando en la Farsa de Ávila, y luego a favor de "la Beltraneja", que se casaría en Plasencia con Alfonso V de Portugal y allí fueron proclamados reyes de Castilla y Portugal, les haría perder el condado. Una revuelta urbana, a favor del bando isabelino, permitió a la ciudad recuperar la condición de realengo, aunque el peso de las grandes familias será determinante en el concejo placentino y es patente en el nutrido elenco de palacios conservados.

A lo largo de los tiempos modernos, especialmente el siglo XVI, ambas ciudades mantendrán una importante vida comercial que se proyectará en un rico patrimonio artístico renacentista. Ciertamente, Coria perdió importancia frente a Plasencia, y la hermana más joven terminó adquiriendo mayor relevancia en todos los sentidos.

Entre ambas ciudades, aunque en este recorrido prestaremos más atención al lado leonés de la Vía de la Plata por el ser menos conocido, hay una serie de lugares ligados a la historia del territorio que también visitaremos.

En primer lugar la ciudad romana de Cáparra, cuyas ruinas mantienen el testimonio de la importancia de esta calzada tuvo en la Antigüedad. Aún por excavar la mayor parte de su estructura urbana, en su centro pervive un excepcional monumento de época flavia: un arco tetrápilo, de cuatro frentes, absolutamente excepcional en tierras hispanas.

Las villas de Galisteo y Garrovillas, centros administrativos de dos de las comunidades de tierra y villa que se crearon para repoblar el territorio, mantienen un interesante patrimonio. La primera conserva un excepcional recinto amurallado, que cobija una interesante iglesia mudéjar, y la segunda una de las plazas mayores más pintorescas y monumentales de Extremadura.

Los puentes romanos de Alconétar y Alcántara son dos de las obras maestras de la ingeniería romana. El primero, menos conocido que el segundo, es excepcional por el empleo de arcos segmentales en su construcción, uno de los ejemplos más antiguos del mundo. El segundo necesita poca presentación, es una de las obras romanas más monumentales de toda Europa, que suma, además del puente, un arco de triunfo y un templo votivo.

La villa de Alcántara no sólo conserva el puente que le da nombre, también el impresionante conjunto conventual de San Benito, sede de la orden alcantarina, y un interesante casco histórico.

No muy lejos, en tierras alcantarinas, se encuentra otra de esas sorprendentes villas perdidas en la geografía rural. Fue cuna del famoso humanista y gramático Francisco Sánchez, llamado "el Brocense", apodo que tomó del nombre de su pueblo: Brozas.

Antigua encomienda mayor de Alcántara, Brozas es una villa tan monumental como desconocida. La excepcional arquitectura de la iglesia de Santa María, sólo es comprensible por la presencia en Brozas de los canteros que trabajaban para los maestros de Alcántara.

Un templo que pondrá el colofón a las grandes arquitecturas, tan góticas como ya renacentistas, que se levantaron en la Extremadura de finales del siglo XV y el primer tercio del siglo XVI. Obras que tienen sus mejores ejemplos en estas tierras de la Transierra situadas entre dos ciudades, Plasencia y Coria.

Les proponemos un itinerario por un territorio poco transitado, fuera de las propuestas habituales, pero cargado de historia, arqueología y arte.

Una historia entre dos ciudades, que no sólo tiene el atractivo de sus monumentales protagonistas, sino el de un amplio territorio de gran valor natural e histórico, donde se conservan algunos de los grandes hitos de nuestro patrimonio artístico.

Una propuesta imprescindible para el viajero curioso.

DESCRIPCIÓN DETALLADA DEL ITINERARIO

RECORRIDO

Jornada 1ª. *Ut placeat Deo et hominibus*

Con este lema se adornó el escudo de la villa placentina: *Para el placer de Dios y de los hombres*. El lugar fue considerado como el más ameno y salubre de toda España, tanto que Fernando "el Católico" lo frecuentó, para reposar y sanar de sus dolencias, y también su nieto, Carlos V, quien se hospedó en Plasencia antes de retirarse al cercano Yuste.

Comenzaremos nuestra jornada viajando desde Madrid hasta el borde mismo de la Vía de la Plata. **Cáparra, ciudad romana** que hizo de este camino su Decumano Máximo, será nuestra primera vista.

Nos introduciremos en la importancia histórica de esta vieja calzada romana, mientras visitamos el yacimiento de Cáparra, uno de sus frutos más ejemplares. Apostada en plena calzada, pasó de ser un castro indígena a municipio romano, un desarrollo común a tantos otros puntos de la geografía de esta vieja senda.

De su importancia dan cuenta sus restos arqueológicos. destacando entre ellos el excepcional arco tetrápilo que se levantó en su centro urbano, una *rara avis* de nuestro patrimonio.

La cercana **Plasencia** nos ocupará el resto del día, allí almorzaremos y pernoctaremos.

Plasencia nació en 1186 por la necesidad de repoblar el lado castellano de la frontera de la Calzada de Guinea. Desde 1169, Trujillo, en el lado castellano de la calzada, estaba en manos de Fernando Rodríguez de Castro. Un personaje de fidelidad laxa, que no dudó en aliarse con los almohades en la campaña de 1174, pero ligado a la corte real leonesa de Fernando II. “El Castellano”, como llamaban a Rodríguez de Castro, había creado una suerte de señorío pseudo independiente por tierras trujillanas, una isla cristiana en medio de territorio almohade.

En 1181, Fernando II y Alfonso VII acordaron en Medina de Ríoseco volver a la frontera marcada por Alfonso VII, es decir, la Calzada de Guinea. Poco después, en 1185, fallecía Fernández de Castro y, respetando el pacto de Medina, su propiedades pasaban a manos de Alfonso VIII de Castilla.

Fue entonces cuando el rey de Castilla decidió promover la repoblación y aseguramiento del territorio castellano extremeño. Un proyecto que pasaba por la fundación de una ciudad de frontera netamente castellana como base de operaciones para frenar a los almohades y hacer frente al avance leonés. Esa ciudad fue Plasencia, nacida en 1186, tan sólo un año después de la entrega de Trujillo.

Fue promovida primero como una ciudad dentro del alfoz de Ávila, extensión que en un principio incluyeron Galisteo, en la parte leonesa, tomando como frontera el río Jerte en su confluencia con el Alagón. Parece claro que Alfonso VIII manejaba los pactos a su conveniencia, y también que la posterior fortificación de esta villa leonesa era un aviso a navegantes por parte de su primo Alfonso IX, hijo de Fernando II.

Pero en pleno proceso el proyecto cambió de rumbo, y la nueva villa abulense, por voluntad de su fundador, logró la independencia y un alfoz propio. Para ello, Alfonso VIII, no dudó en elevar a sede obispal su iglesia mayor, con los convenientes reparos del obispo de Ávila. Consumados los hechos, en apenas tres años, la ciudad demostró un dinamismo extraordinario, en gran parte debido a su excepcional emplazamiento y al eficaz sistema empleado para convertirla en centro jurisdiccional y administrativo.

Alfonso VIII empleaba la misma estrategia seguida por su tío Fernando II cuando refundó Ciudad Rodrigo (1161), a la que dio condición de obispado frente a los reparos puestos por Salamanca; o a la seguida en Coria, implicando a la Iglesia, a las órdenes militares, a importantes linajes en su organización, dotándola de un fuero capaz de estructurar la vida urbana, el territorio, su repoblación. En el caso placentino, frente a la inacción anterior, hubo un proceso de “castellanización” para discernirse del área leonesa.

El resultado fue similar a ambos lados de la frontera, pero andando el tiempo, Plasencia alcanzaría una influencia territorial mucho mayor que Coria. Su hermana mayor tuvo que competir con otras ciudades leonesas como Cáceres, Mérida o Badajoz, y Plasencia, al sur, sólo tenía a Trujillo.

Sus competidoras fueron su “madre”, Ávila, y su vecina, Talavera, lo que desplazaba hacia el este los problemas, dejando libre el sur para su expansión.

De la importancia de Plasencia da cuenta que tuviera voto en Cortes, y fuera lugar habitual de paso y estancia de la realeza hispana.

En 1196 sufrió el ataque de los Almohades. Esta nueva algarada terminó con la toma momentánea de varias ciudades cristianas, entre ellas Coria y Plasencia. Ante este peligro, que no terminaría hasta después de 1212, tras recuperar Plasencia, Alfonso VIII comenzó la construcción del recinto amurallado que aún se conserva en gran parte. Tras sus murallas, Plasencia guarda un centro histórico evocador de otras ciudades orilladas a la Vía de la Plata como Cáceres o Salamanca. Un centro histórico que será nuestro objetivo principal de esta jornada.

El gran monumento de la ciudad es lógicamente su catedral, El obispado fue uno de sus protagonistas fundacionales. De su primera construcción del siglo XIII, en un estilo cercano a la arquitectura protogótica del Duero, aún conserva parte de sus naves, el claustro y la torre cupuliforme de su antigua sala de capítulo, la hermana pequeña de los cimborrios de Salamanca y Zamora.

En el siglo XVI la ciudad era realmente rica. Se decidió entonces reedificar la catedral de nuevo, empezando por su cabecera. Se proyectó un magno edificio en ese estilo propio de la época carolina, a caballo entre el Gótico y el Renacimiento. La diafanidad, altura y armonía de su fábrica es ejemplar, y destaca entre los modelos desarrollados en los talleres leoneses y salmantinos.

De hecho, por sus obras pasaron algunos de los mejores arquitectos de aquellos decenios iniciales del siglo XVI. Un tiempo en el que las artes hispanas viraban en una nueva dirección más europeísta y menos castiza. De los albores y de los resultados finales de este cambio, guarda buenos ejemplos este templo, lo que la convierte en buen catálogo de la introducción del Renacimiento en nuestro país.

Como en todo proceso constructivo y de embellecimiento largo, la catedral se dotó de un interesante patrimonio. El retablo mayor, de un elegante barroco clasicista, guarda tallas de Gregorio Hernández y pinturas de Francisco Rizi. Le da la réplica, en cuanto a calidad y excelencia, el espléndido coro tardogótico de Rodrigo Alemán procedente de la antigua catedral. Unos contrastes que alcanzan su cénit en la mayor rareza de este templo, ofrecer la posibilidad de comparar, sin salir de él, la airosa arquitectura “gótica” del siglo XVI y la reciedumbre del gótico antiguo del siglo XIII.

Esta comparación la permite un hecho. La monumental catedral nueva sólo se llegó a concluir hasta el crucero, quedando cerrada la obra provisionalmente a la espera de fondos para seguir desmontando y remontando el viejo templo medieval. Un momento que nunca llegó, lo que nos ha legado un excepcional ejemplo de arquitectura “congelada” en pleno proceso de construcción, metamorfosis y desmantelamiento. Un híbrido desconcertante que encierra una magnífica lección de arte y arquitectura.

El resto de la ciudad ofrece un rico patrimonio en sus parroquias, calles, plazas y palacios que también recorreremos. Por allí se entremezclan el Románico tardío, con el Gótico primitivo y pleno, o el Renacimiento más diletante con el más clasicista.

Un catálogo de edificios religiosos y civiles, repartidos por una ciudad nueva, de calles trazadas adaptándose al uso comercial y a la topografía del cerro sobre el que se asienta. Un conjunto excepcional desde el punto de vista de la historia, las artes y el urbanismo.

Pernoctar en el Parador Nacional de Turismo, nos ofrecerá una última visita, esta vez como huéspedes. Ubicado en el antiguo Convento dominico de San Vicente Ferrer, claustro, sala de capítulo, escaleras, refectorio e iglesia, dan cuenta del poder de la orden, del poder de los Zúñiga que lo promocionaron, y de su importancia como Estudios Generales de teología que hizo de Plasencia un interesante centro cultural.

RECORRIDO

Jornada 2ª. **et en el comienzo, quando regnó, ganó Coria**

En 1126 Alfonso VII, el Emperador, comenzaba su reinado tras los tortuosos tiempos de lucha entre su madre, Urraca I, y su padrastro, Alfonso I “el Batallador” de Aragón. La “Crónica del Emperador” apunta que una de sus primeras gestas, en 1142, fue la reconquista de la ciudad de Coria, objetivo final de nuestra jornada de hoy.

Cruzamos la Vía de la Plata para internarnos en tierras leonesas. La disposición de **Galisteo** en un cerro en la margen izquierda del río Jerte, que vierte sus aguas al Alagón en sus inmediaciones, y apostado sobre la Vía de la Plata, hacen de esta villa una buena candidata para tener un largo y vetusto pasado.

Si fue castro indígena y luego romano, lo parece, pero se nos escapa ante la falta de restos materiales. En sus alrededores debió estar la *mansio Rusticiana*, venta caminera romana al servicio de la Vía de la Plata. De ella partía una variable de la calzada principal que, siguiendo el Alagón hasta Coria, enlazaba con la Vía Dalmacia.

Galisteo fue un cruce de caminos desde la Antigüedad, pero cuando el camino se transformó en frontera pasó a ser un centro militar y administrativo que enfrentaba, desde el lado de León, a la castellana Plasencia, especialmente tras las pretensiones de Alfonso VIII de incorporarlo a el alfoz placentino.

La comunidad de tierra y villa de Galisteo fue, junto a la de Garrovillas y Granadilla, una de las que sirvieron para asegurar el dominio de León al oeste de la Vía de la Plata, especialmente sensible por las incursiones castellanas desde tierras placentinas o bejaranas.

Fernando II y Alfonso IX, su hijo, antes de lanzarse a la acción reconquistadora del territorio sur andalusí trataron de repoblar, administrar y asegurar las tierras inmediatas a Coria. Galisteo, mencionando por primera vez documentalmente a principios del siglo XIII, es un perfecto ejemplo de la política de Estado leonesa. Como cabeza jurisdiccional de su tierra, la villa fue centro administrativo, fortaleza y mercado principal, lo que propició que contara también con una importante aljama judía.

Fue villa de realengo, como correspondía a su importancia administrativa y militar, pero con el relajamiento de las tensiones y la unión de los reinos, comenzó a ser temporalmente enajenada. Paso por manos de los calatravos, y Alfonso X inauguró la costumbre de ceder el señorío de la villa a infantes castellanos.

Fueron señores de Galisteo don Fernando de la Cerda, don Pedro de Castilla y don Sancho de Castilla "el de la Paz". Revirtió a manos reales, para ser definitivamente enajenada por Juan II, en condición de condado, a favor de García Fernández Manrique de Lara, conde de Osorno.

La villa guarda de los tiempos de su fundación, o refundación si es que antes hubo algo, su soberbio recinto amurallado. Una obra de interesante fábrica de argamasa y canto rodado, muy similar a la cerca medieval de León, se trata de una cinta de muro corrido, sin torres, que se ondula para adaptarse a la cima del cerro, en perfecto estado de conservación. El resultado, algo distraído por las casas que se anexaron posteriormente, es de gran efecto visual, por su compacidad y el perfecto perfil que dibuja sobre el paisaje. En su interior guarda otra pequeña joya local, la iglesia parroquial del siglo XIII con una cabecera mudéjar de corte románico, heredera de las edificadas en tierras leonesas.

No muy lejos, siguiendo el Alagón se encuentra el viejo *Castrum Caecilium Cauriensis* que llegará a municipio romano como Caurium, será la Medina Qūriya andalusí, y la **Coria** cristiana.

Nos encontramos con una ecuación clásica de tres términos: un río, un cerro y un camino, que, sumados suele dar como resultado una ciudad. El camino fue, y sigue siendo, la Vía Dalmacia, que desde Alconétar (la antigua *mansio* de Turmulum donde se levantó el famoso puente sobre el Tajo), llegaba por Caurium hasta Miróbriga (Ciudad Rodrigo), fruto de la regularización llevada a cabo por Roma de un camino indígena.

Por ello, Coria, ya existía cuando llegaron los nuevos invasores. Sus primeros habitantes conocidos fueron los vetones, que le dieron el nombre de Caura, alusión probable a su ubicación en un alto. Los romanos la fortificaron con unas murallas que formaran parte imprescindible de su historia. Fue municipio romano, obispado cristiano, y pasó a manos islámicas en el siglo VIII convirtiéndose en medina islámica.

Durante siglos, y a tenor de los cambios de propietario, será el punto más al norte de Al Ándalus o más al sur del Reino de León. Fue conquistada por Alfonso VI en 1079, pero retornó a manos musulmanas en 1110. Alfonso VII la recuperó en 1142, restaurando su obispado, pero volvió a perderse en 1174. Hasta principios del siglo XIII, hubo un poco de trajín entre unos y otros, y será Alfonso IX el que la incorpore definitivamente al Reino de León y le dé fuero.

Coria fue la primera gran ciudad cristiana de Extremadura. Su condición de plaza fuerte, puente y camino, la hizo cabecera de la reconquista progresiva del territorio. Su obispado detentó un notable poder como agente organizador y repoblador, prueba de ello es su bella catedral. También lo fueron los linajes nobiliarios, que la dotaron del aire señorial propio de las ciudades históricas extremeñas, pero la ciudad fue siempre de realengo.

Situada al pie de la Sierra de Gata, Coria era paso obligado de mercancías y ganados entre el norte salmantino y las tierras extremeñas. Las ricas vegas que la rodean dieron lugar a una próspera economía y, como mercado comarcal, a un importante artesanado, una activa aljama judía y una incipiente burguesía.

A este lado de la raya fronteriza entre León y Castilla, Coria reinó al norte del Tajo y al sur de las sierras. El oeste, hacia Portugal, pronto quedó en manos de la poderosa Orden de Alcántara. El sur del Tajo, con ciudades como Cáceres, Mérida o Badajoz, todas ellas leonesas, y parte en manos de la Orden de Santiago, no ofreció a Coria la capacidad expansiva que tuvo Plasencia en el lado castellano.

La ciudad sigue ocupando esencialmente su espacio primario, el mismo que permanece encintando por las potentes murallas romanas, uno de los conjuntos fortificados antiguos más interesantes del país. A sus pies sigue en pie el puente, de pasado romano y presente renacentista.

El río no pasa bajo sus arcos, lo que dio motivo al dicho de que Coria tiene un puente sin río y un río sin puente. También al cuento de que su arquitecto era tan bobo como para hacerlo fuera del cauce, un bobo, el de Coria, que será famoso.

La realidad es que el Alagón si pasó por debajo del puente, pero cambió su cauce, y allí quedó el puente de piedra en seco y el río atravesado por un precario puente de barcas. La causa fue un cambio natural del curso producido en el siglo XVII, según unos, o el provocado por el terremoto de Lisboa de 1755, según otros, un seísmo que casi da al traste con la catedral.

Como fuere, la impronta del puente y la catedral dominando en la altura del cerro forman un conjunto de gran monumentalidad.

La catedral se levantó sobre el solar de la antigua mezquita. Esta se había levantado sobre la vieja catedral visigoda que había sustituido a una basílica paleocristiana. La basílica se edificó anexa a una casa romana, cuyos propietarios, convertidos al cristianismo, habían transformado su triclinium en un espacio eucarístico.

Es decir, que el templo actual lleva siendo lugar de culto cristiano para los caurienses por lo menos desde el siglo II d. C

Pocos edificios pueden jactarse de esta continuidad de uso, y menos aún de poseer una de las reliquias más importantes de la Cristiandad. En algún momento de su pasado medieval, llegó a Coria el llamado “mantel de Coria”, tradicionalmente considerado como el empleado por Jesús en su última cena con los apóstoles.

Si fue Alfonso VII, los templarios que anduvieron en la reconquista de la zona, o alguien antes o después de ellos, no ha quedado testimonio alguno para saber cómo o cuándo llegó, pero durante siglos fue una de las reliquias más famosas y veneradas de España. Una vez al año se extendía y mostraba públicamente, ceremonial que determinó algunos elementos arquitectónicos curiosos del actual edificio.

El respeto a los espacios originales debió comprometer el proyecto de la obra nueva comenzada a finales del siglo XV y concluida, en lo fundamental, en el XVI. Estamos ante una pieza arquitectónica plenamente relacionada con la catedral nueva de Plasencia que ya conocemos, pero con un interesante aporte toledano. Pero Coria presenta una peculiaridad, sólo compartida con la catedral gerundense, posee una sola nave.

Ubicada en el talud sobre el río, la catedral sólo podría haberse recrecido justo sobre el lugar donde se guardaba la memoria de su origen, algo que resultó innegociable. De modo que antes de crear un angosto espacio de tres naves sobre el espacio disponible, el arquitecto se arriesgo a levantar una airosa bóveda de crucería de 17 metros de luz por 25 de altura. Como toda catedral guarda un rico patrimonio, en el que destaca el magnífico coro gótico procedente de la anterior catedral medieval.

En la ciudad se esconden casas solariegas, conventos, como el de la Madre de Dios con su rudo y bello claustro, y callejuelas que huelen a una mezcla entre aljama judía y ciudad nobiliaria.

En un flanco del caserío se eleva la magnífica fortaleza del siglo XV que levantaron los Alba. A ellos pertenece aún hoy el marquesado de la ciudad, que el siglo XV perdió su condición de realengo.

Pasaremos la noche en Coria, junto a la catedral, en un viejo palacio convertido en hotel, para mantenernos en el ambiente calmo y señorial de esta antigua ciudad.

RECORRIDO

Jornada 3ª. **La Orden del Puente**

Coria tuvo tres frentes de frontera: la musulmana, la castellana y la portuguesa. Hoy nos moveremos hacia esta última. La raya histórica entre España y Portugal no terminó de definirse hasta el Tratado de Alcañices de 1297. María de Molina, tutora del aún menor Fernando IV, y el rey Dinis I de Portugal, cedían de un lado y otro para poner fin a un baile de fronteras que ya duraba demasiado.

Las fértiles vegas del Alagón y del Arrago, que rodean a Coria de un rico paisaje agrícola, dan paso a la penillanura del Tajo y del Salor. Tierras llanas pero altas, donde la vegetación se torna más adusta y el ganado abunda. El espacio conforma una comarca natural que fue feudo principal de la Orden de Alcántara, en gran medida protagonista de nuestra jornada.

Desde el norte, la Sierra de Gata, descendía por estas tierras alcantarinas la Cañada Real de Gata, por lo que fueron lugar de trasiego de ganado y de influencia de la todopoderosa Mesta. Venía también a pasar el camino que desde Badajoz por Alburquerque buscaba los pasos desde el Guadiana a la Meseta Norte. De modo que, no siendo el centro del mundo, era una periferia razonablemente activa.

Dos vías secundarias, al margen izquierdo de la Vía de la Plata, de las que ya hemos ido comentando, tuvieron gran protagonismo durante los siglos que nos ocupan en el desarrollo histórico de este territorio marginal.

Una de ellas, la Vía Dalmacia, protagonizó la repoblación y ordenamiento de las tierras entre Ciudad Rodrigo y Coria. La otra, el *Iter ab Emerita Bracaram*, comunicaba las tierras extremeñas con el norte lusitano, y popularmente se la conoce como Vía da Estrela. Sirvió como alternativa para llegar a Santiago por tierras lusas, y desde luego, para mover tropas de un lado a otro.

Si el comienzo de la primera estuvo en la *mansio* de *Túrmulus*, donde se levantó el puente de Alconétar, para dar paso a la segunda se levantó otra excepcional obra de ingeniería romana: el puente de Alcántara. Hoy comenzaremos el día por el último para terminar por el primero.

El puente de Alcántara es una obra maestra de la ingeniería romana. Su colosalismo sorprende en medio de unas tierras que antes, como hoy, no estuvieron nunca muy pobladas. No estamos cerca de ninguna gran ciudad, ni de alguna población secundaria de importancia, tan sólo frente a una necesidad: la de dar paso a uno de los tantos caminos con los que Roma vertebró Europa.

Decía un geógrafo musulmán del siglo X, que este puente era tal que nunca hombre alguno oyó hablar de otro semejante, ni había hombre que pudiera describirlo si antes no lo había visto.

En un perfecto equilibrio entre pragmatismo y estética, el arquitecto Cayo Julio Lacer localizó el punto más adecuado para construirlo, ponderando tanto la distancia entre márgenes como la corriente. Allí levantó una obra que, según la inscripción del templo ubicado en su lado sur, debía durar lo que durara el mundo. Aún hoy sigue dando paso.

Los casi 29 metros de luz de su arco mayor y sus 58 metros de altura lo convierten en un verdadero coloso. Lacer conjugó las necesidades impuestas por el terreno y la corriente, necesarias para su perfecta estabilidad, con un elegante diálogo entre líneas verticales y horizontales, que hacen de este puente una perfecta obra de ingeniería, pero también de arte.

Pagado por los pueblos locales, el puente fue puesto al servicio del Imperio. Para ello se coronó, en su centro, con un arco de triunfo que glorifica a Trajano. A este segundo monumento se añadió un tercero, un templo en su lado sur, que completaba el conjunto.

Esta reunión de puente, arco y templo componen un unicum de la arquitectura romana.

El pequeño templo *in antis* fue consagrado al culto imperial, pero también sirvió de enterramiento al propio arquitecto. Su excepcional conservación se debe a su transformación en ermita dedicada a San Julián cuando Fernando II conquistó Alcántara en 1166.

San Julián y Fernando II, dos elementos que mezclados y madurados por la historia son el origen de la **Orden de Alcántara**.

Se ha tratado de identificar el caserío de la actual **villa de Alcántara** con la Ovila mencionada en los itinerarios romanos, probable asentamiento castrense y relacionado con los servicios y aseguramiento de la calzada y del puente. Sin embargo, la villa como tal sólo aparece durante el periodo de dominación islámica con el nombre de Medina *al-Qantarat*, que significa literalmente “ciudad del puente”, de donde viene el actual topónimo.

Para Fernando II, una vez conquistada Coria por su padre, era fundamental bajar la frontera desde el Alagón al Tajo, controlar aquel importante vado era una empresa tan difícil, pues la medina Alcántara estaba poderosamente fortificada, como necesaria. Lo logró en 1166, aunque la plaza sucumbiría a los posteriores ataques almohades y el baile no terminará hasta su definitiva conquista por Alfonso IX en 1213.

La necesidad no sólo vino impuesta por el enemigo musulmán, también por poner freno a las pretensiones expansivas hacia el este del rey portugués. Entre 1165 y 1166, Alfonso I de Portugal amparó las conquistas de Cáceres y Trujillo llevadas a cabo por Geraldo *Sem Pavor*, un soldado de fortuna conocido como el Cid portugués.

Tras las dos plazas, una correspondiente a León (Cáceres) y la otra a Castilla (Trujillo), se lanzó a la toma de Badajoz. Alfonso I no dudó en poner su propio ejército al servicio del mercenario, y hasta se personó en el asedio de la alcazaba pacense. Allí tuvo que medirse con Fernando II de León.

Previamente, en 1165, Alfonso I y Fernando II se habían encontrado en Pontevedra y firmado la Paz de Lerez. En base a aquel acuerdo, el rey leonés desposó a Urraca de Portugal, hija de Alfonso I.

Pero el portugués aprovechó la ocasión de los ataques y conquistas del mercenario para saltarse los límites pactados, y leonés no podía permitir la intrusión lusa en tierras castellanoleonesas. No dudó en aliarse entonces con los almohades para expulsar a los portugueses. Ganada la partida, Fernando II no quiso entrar en Badajoz, había que respetar los pactos incluso con los musulmanes, pero se dejó para sí Cáceres y Trujillo.

Una conquista no vale nada sino puede asegurarse el territorio. El sistema de repoblación había dado excelentes resultados al norte del Tajo, pero León carecía de un superávit de población como para ocupar estas vastas tierras. Esta realidad incitó al rey a delegar su defensa en una nueva institución siguiendo el patrón de las ordenes de caballería que combatían en Tierra Santa. En 1169, nació la orden militar de los Fratres de Cáceres, encomendada de la defensa del territorio.

Estos Fratres pasarían a ser los Hermanos de la Espada, y luego los Caballeros de la Orden del Señor Santiago, llamada a ser la más poderosa de las órdenes de caballería hispanas. Poco antes, en 1158, se había fundado la Orden de Calatrava para la defensa del Campo homónimo en Castilla.

La orden santiaguita, leonesa de nacimiento, fue atraída por Alfonso VIII de Castilla a sus territorios, entregándoles Uclés como casa madre. Ante esta "castellanización" de los viejos fratres cacereños, el receloso Fernando II, decidió desarrollar una tercera orden militar estrictamente leonesa.

Entre 1168 y 1172, se fundó la Hermandad de San Julián del Pereiro. Su nacimiento está muy ligado a la política repobladora de Fernando II, en tanto que era la única forma de asegurar aquellos territorios que entendía como propios.

La presión de los portugueses demandaba una acción tan legal como efectiva. El fallecimiento de Sancho III de Castilla, hermano de Fernando II, había dado al traste con el pacto de Sahagún (1158). El reino hermano se sumía en el tradicional caos fruto de la minoría de edad del heredero, que a Fernando II le vino bien para jugar sus cartas contra los castellanos.

Pero con Portugal era otra historia, Alfonso I Enríquez mostraba una tozuda determinación por hacerse hueco en el tablero hispano, legitimar su reino y extenderlo a costa del vecino, y el vecino era León. Para frenarlo, en 1161, Fernando II repobló y refundó Ciudad Rodrigo, haciendo de la sede obispal mirobrigense un ensayo de lo que después haría en tierras de la Transierra extremeña. Desde Ciudad Rodrigo se moverían los primeros pasos para la fundación de la futura Orden de Alcántara, justo en sus límites con Portugal.

El apoyo en la Iglesia fue determinante para legitimar sus pretensiones, mover los motores administrativos y articuladores del territorio, y evitar cualquier contestación a su derecho ni por parte de sus vecinos ni del papado.

La conquista de Toledo en 1162, la de Alcántara en 1166 y la derrota del portugués en Badajoz en 1169, dejaron claro que Fernando II no estaba dispuesto a ceder un ápice ante ninguno de sus tres enemigos: castellanos, almohades y portugueses.

En 1171 el rey fijaba la frontera con Portugal en la ribera del río Coa. Para ello promovió desde Ciudad Rodrigo la repoblación del territorio, y nuevamente fue la Iglesia la piedra angular del proyecto.

Entre las fundaciones monásticas promovidas y protegidas por el rey estuvo el monasterio de San Julián del Pereiro. Las crónicas alcantarinas han enturbiado la realidad de la fundación de este cenobio, raíz de la futura orden, retrasando y mitificando su origen para dar preminencia a la Orden de Alcántara sobre la de Calatrava, la más antigua de todas de todas las hispanas., y de la que dependió la alcantarina por lo menos en lo espiritual.

Aunque las crónicas afirmen que la hermandad fue fundada en 1156 por un caballero llamado Suero de Salamanca, lo que la convertiría en la más antigua de las órdenes hispanas, lo más probable es que fuera entre 1168 y 1172, momento en el que Fernando II estaba en plena operación de aseguramiento de sus territorios, cuando se creó la Hermandad de San Julián del Pereiro.

Aquel grupo de caballeros que optaban por la vida religiosa no tenía proyectado un desarrollo como el que sufrirá a posteriori, pues en absoluto nació como una orden de caballería. Del valor estratégico de su fundación da cuenta el hecho de que se establecieran en la orilla este del Coa, río determinado por el rey Fernando como frontera con el reino luso.

Actualmente este territorio corresponde a la región portuguesa de Beira, pues los pactos posteriores movieron la frontera hacia este hasta el río Águeda, actual frontera entre España y Portugal. Circunstancias de la historia que han hecho que el solar donde se sembrara la semilla de la Orden de Alcántara, gran freno de los portugueses, hoy sea Portugal.

Si el Pereiro, comunidad únicamente religiosa, se transformó en una gran entidad militar, política, económica y cultural fue por voluntad exclusiva de Fernando II. La razón fue la progresiva militarización del reino tras las oleadas de ataques de los almohades que en 1174 volvía a tomar Alcántara y Coria y ponían en riesgo a Ciudad Rodrigo, donde fueron frenados por Fernando II.

Hasta 1200, en el caso de Coria, y 1213, en el caso de Alcántara, no se logró retener definitivamente ambas plazas, lo que da cuenta del permanente tira y afloja entre leoneses y almohades en el último cuarto del siglo XII.

Una situación no menos inestable se vivía en la frontera portuguesa. En 1175, el papa Alejandro III disolvía, previo soborno de los reyes de Castilla e Inglaterra, el matrimonio de Fernando II con Urraca de Portugal, dando fin tácito al pacto de familia entre leoneses y portugueses. Las alianzas posteriores demostrarían hasta qué punto el respeto a los pactos era relativo.

En 1176, Alfonso I Enríquez fundaba la Orden de Évora, embrión de la de Avis, en una acción claramente paralela a la importancia que este tipo de instituciones estaba tomando en León y Castilla.

La donación de Uclés a la de Santiago se había producido en 1174, atrayendo así Alfonso VIII a sus territorios la otrora orden exclusivamente leonesa, merced a la cual logró la conquista de Cuenca en 1177.

Fundada la orden portuguesa y ligadas a Castilla tanto Santiago como Calatrava, a León le correspondía mover ficha. En 1177, por bula papal, el Pereiro se convertía en orden de caballería.

En 1179 Portugal era reconocido por el papa Alejandro III como reino independiente, sin vasallaje alguno a León. Durante las dos décadas siguientes, principalmente protagonizadas por los herederos de Alfonso I de Portugal, Sancho I, y de Fernando II de León, Alfonso IX, la situación no se estabilizará, pero si se radicalizarán las posturas.

Las campañas almohades revertían gran parte de las tierras conquistadas a manos musulmanes, y las contra-campañas cristianas volvían a recuperarlas. El enfrentamiento entre leoneses, portugueses y castellanos propiciaba alianzas cambiantes, Castilla y Portugal contra León, León y Castilla contra Portugal, Portugal y León contra Castilla, un vaivén que tenía las fronteras como punto de fricción sistemático.

Si la frontera de la Vía de la Plata fue respetada, la frontera oeste entre León y Portugal, fue un escenario bélico casi permanente. La frontera del Coa, lugar de nacimiento del Pereiro, fue obstinadamente defendida por León y tozudamente reclamada por Portugal.

Sancho I fundó la ciudad de Guarda para hacerse fuerte en el territorio, y los reyes leoneses fortificaron toda la raya siguiendo las márgenes orientales de los ríos marcados como fronterizos. Castillos y casas de religión alternaban la defensa y la acción repobladora y organizadora del territorio.

Queda claro que la transformación del Pereiro en orden militar respondió a una necesidad. Fernando II, y luego su hijo Alfonso IX, la favorecerán, y obligarán a ciudades como Coria, Ciudad Rodrigo o Salamanca, a participar económicamente en su desarrollo, lo que aumentaba su carácter local para un área doblemente fronteriza.

A pesar de ello, de ser concebida como estrictamente leonesa, Alfonso VIII de Castilla, desde 1185, trató de atraer también a la nueva orden hacia su reino. Para ello, les entregó Trujillo y parte de las tierras pertenecientes a Rodríguez de Castro, recién ingresadas en la corona castellana. Eran los tiempos de la fundación de Plasencia (1186) y de la “castellanización” del lado este de la Calzada de la Plata.

A lo largo de la década de los noventa, el Pereiro entró a formar parte del Císter bajo la autoridad de la Orden de Calatrava. Esta situación la hacía susceptible de ser absorbida, o convertirse en satélite, de la orden castellana. La maquinaria del siempre hábil rey castellano estaba en marcha, pero si su tío Fernando II tuvo carácter, su primo, Alfonso IX, hacía honor al emblema heráldico de su reino. Lo cierto es que cuando Alfonso VIII dictó testamento, 1214, la Orden del Pereiro no recibió nada, por lo que se sobreentiende que estaba completamente desligada de sus intereses, habiéndosele retirado, de hecho, casi todas sus señoríos en tierras castellanas.

Cuando Alfonso IX conquistó Alcántara en 1213 la entregó a la Orden de Calatrava para su defensa. El declive almohade, tras la rota de Las Navas, anunciaba tiempos de reconquista, ahora el cuarto invitado quedaba fuera de la mesa, y los tres restantes reclamaban sus platos.

En 1218 el rey leonés creaba una orden en Alcántara que se fundía con la estructura ya creada del Pereiro, a partir de ese momento ya sólo será conocida como Orden de Alcántara, pues esta villa será su *Caput Ordinis*. A los calatravos se les expulsó ofrecieron otras tierras, y también se expulsará de parte de la Transierra al Temple, por lo que todo el territorio limítrofe con Portugal quedó en manos de una orden de estricta obediencia leonesa.

Del poderoso castillo y murallas que convirtieron **Alcántara** en una fortaleza de primer orden y prácticamente inexpugnable, poco o casi nada queda. La villa conserva un interesante **centro histórico**, de nobles casonas y callejuelas propias de aljama, fruto de los linajes leoneses o castellanos que detentaron la gran maestría de la orden, y de la población burguesa y judía que se asentó al amparo de la corte alcantarina y del obligado paso por la villa de las mercancías que se movían por el camino romano sobre el que se asienta.

Su **iglesia parroquial** es uno de los raros ejemplos de arte Románico en Extremadura, aunque su mayor parte fue reedificada en el siglo XVI. En este siglo, en pleno esplendor del arte carolino, cuando los reyes ya eran únicos maestros de todas las órdenes, también se reedificó el **Conventual de San Benito**, obra de tal magnitud que quedó inconclusa. Lo levantado es elocuente del mismo arte de altas miras y confusa progenie que hemos disfrutado en las catedrales de Plasencia y Coria. Un híbrido a caballo entre los estertores de un Gótico elegante y decorativo y un Renacimiento aún diletante pero transformador.

La **Tierra de Alcántara** se extendía por las actuales provincias de Cáceres y Badajoz. Para comprender su valor como baluarte frente a las pretensiones portuguesas de extenderse hacia el este, basta mirar un mapa político actual.

La frontera actual baja desde el norte, más o menos respetando un eje, siguiendo el cauce del río Erjas. Cuando el Erjas desemboca en el Tajo, muy cerca de Alcántara, cambia hacia el oeste y se adentra en esa dirección formando una especie de “cuerno” que retrocede para alinearse con el eje norte-sur anterior a la altura de Valencia de Alcántara y Alburquerque.

Este territorio que se introduce hacia tierras portuguesas es esencialmente la Tierra de Alcántara, y su existencia, rompiendo el eje principal, denota la eficacia de la Orden de Alcántara para asegurar el territorio que le fue concedido por Alfonso IX.

La Tierra de Alcántara conformó una potente unidad territorial. Frente a la dispersión de las encomiendas de otras órdenes, Santiago o Calatrava, la alcantarina concentró sus predios en esta área, a excepción de las encomiendas en la comarca de La Serena, pero esa es ya otra historia fruto de la unión de reinos llevada a cabo por Fernando III.

La cercana **Brozas** es parte importante de esta comarca histórica. Fue encomienda mayor de la Orden y una de sus villas más prósperas. El montículo sobre el que se asienta Brozas, destaca sobre un paisaje de tierras llanas, por lo que su carácter de hito territorial viene de antiguo. Como no podía ser de otra manera fue fortificado, y del **castillo de Brozas**, elemento primordial del nacimiento de la villa, aún queda su impronta de fortaleza aunque muy amansada por las reformas que lo convirtieron progresivamente en palacio. Este proceso resume la historia de este lugar, el paso de un espacio militarizado al servicio de la Orden de Alcántara, al de una próspera villa comercial y nobiliaria.

Por aquí pasa la calzada de Mérida a Braga, Brozas está entre Cáceres, la antigua *Norba* romana, y Alcántara, donde está el puente. Con ella se cruzaba, en Brozas, el camino que desde Badajoz iba por Alburquerque hasta Alcántara, vía de gran importancia en la Edad Media. El resultado es que aquel cerro fortificado estaba en medio de un cruce de caminos, y por ello la villa tuvo un extraordinario desarrollo urbano, administrativo y comercial.

Si Brozas tuvo un pasado romano o indígena se nos escapa. Los restos arqueológicos son suficientes para demostrar la actividad en su territorio, pero no concretamente en el cerro.

Su aparición en la historia acontece con la conquista definitiva de Alcántara en 1213, y su futuro estará determinado por su incorporación a la orden alcantarina desde 1218.

Como encomienda mayor de la Orden tuvo gran relevancia administrativa, contando además con un extenso término municipal que, unida a su condición de cruce de caminos, aseguro su prosperidad.

A todo ello debe que su **centro histórico** esté bien poblado de casonas, palacios y portales con escudos, que le otorgan un aire señorial. El mejor exponente de ello es su **parroquia de Santa María de la Asunción**, reedificada a principios del siglo XVI, cuando la prosperidad de la villa demandaba una iglesia de mayor empaque.

La obra está ligada a los arquitectos de la orden alcantarina, y especialmente a Pedro de Ibarra, el factótum de muchas de los edificios que hemos visitado por estas tierras. La monumentalidad del templo y su coherencia, a pesar de que sus obras se prolongaron mucho tiempo, lo convierte en uno de los edificios más importantes de este periodo en Extremadura.

Visitada Brozas, comenzaremos nuestro retorno hacia la Vía de la Plata. Si en Galisteo tuvimos ocasión de visitar la cabeza de una de las comunidades de Tierra y Villa creadas por Fernando II para repoblar la zona, terminaremos nuestra visitando otra: **Garrovillas de Alconétar**.

Garrovillas lleva de apellido el nombre de una antigua villa medieval ya despoblada: Alconétar. Allí se encontraba la Vía de la Plata con el Tajo, y por allí lo sorteaba merced al otro gran puente romano de estas tierras, el llamado puente de Mandible, o de Alconétar. Nuestro periplo de hoy comenzó en un puente y terminará en otro, del mismo modo que nuestro viaje empezó en la Vía de la Plata y terminará en ella.

Pero antes visitaremos Garrovillas, villa señorial, que perteneció a los Alba de Aliste y antes fue cabeza de la tierra de su nombre. De su importancia, bajo ambas condiciones, da cuenta su **centro histórico**, con sus dos parroquias, el palacio de los condes, y sobre todo su monumental plaza. Considerada como una de las más pintorescas de España, la **plaza mayor** de Garrovillas, con sus más de 4.000 metros cuadrados, es el monumento más importante de la población. Prácticamente porticada en todos sus lados, ofrece elementos arquitectónicos desde el siglo XV en adelante. Daremos un paseo por el centro histórico de la villa, para conocer este lugar tan poco conocido como sorprendente.

Comenzaremos el regreso acercándonos a los bordes de la parte alta embalse José María Oriol, más conocido como de Alcántara. Bajo sus aguas están los restos de la antigua Alconétar, que fuera encomienda templaria para defensa del puente y la fortaleza que lo amparaba. Aún asoma sobre las aguas la torre del Castillo de Floripés, que nos sitúa en el lugar que un día ocupó esta importante villa. Sumergidos quedaron los dólmenes, los castros vetones, la *mansio* de Túrmulus, donde comenzaba la Vía Dalmacia, el puente que levantó Eiffel para el ferrocarril, y el puente romano, de no haber sido desmontando y trasladado a otro lugar mas alto.

El puente de Alconétar, llamado popularmente Mandible, fue una pieza clave de la historia de este territorio. Alcanzó los 250 metros de largo, y tuvo doce arcos, de una tipología poco usual y que aquí tiene uno de sus testimonios más antiguos.

De puente a puente habremos completado nuestra jornada y emprendaremos el camino de regreso. Por medio habrán quedado unos días por un territorio relativamente virgen para el viajero, poco frecuentado en general, pero sorprendentemente rico en arte e historia. Esperamos que nuestra propuesta sea de su interés.